



La creadora Amaia Vicente interactúa con su crítica pieza 'Welcome to Schengenland'. :: REPORTAJE FOTOGRAFICO: JORDI ALEMANY

AL DETALLE

39

creadores residentes presentan sus trabajos en Bilbao Arte. A ellos hay que sumar el trabajo de los doce artistas que han participado en distintos programas de intercambio.

► La muestra. Los proyectos artísticos se pueden ver hasta el próximo 18 de diciembre.

► 300 creadores y 10 colectivos de distintas nacionalidades han pasado por la residencia artística bilbaína a lo largo de sus 15 años de historia.

peo», explica la propia creadora. Como ella, en esta nueva hornada de jóvenes promesas, llamadas a ganarse las alabanzas de la crítica especializada, son muchos los que han optado por incorporar a su obra cables, circuitos, leds y microchips. Es el caso de 'Tunipanea', la propuesta del creador belga Jonathan García. Su automática musical se ase a la barandilla de las escaleras del edificio para interpretar una machacona pieza de percusión, basada en patrones digitales. Como en un videojuego de las miserias urbanas, la propuesta del navarro Patxi Alda invita a observar la urbe a través de unas gafas de realidad virtual.

Piezas como la de Katharina Fitz demuestran que los jóvenes artistas no viven en una burbuja a los dramas cotidianos que brotan en el asfalto. Sus fotografías de carritos cargados de chatarra tienen para el observador el mismo efecto que un puñetazo en el estómago. También alumbraado para sacudir conciencias, el proyecto de la bilbaína Alicia Prieto le llevó a convertirse en una rara extraterrestre de inspiración otaku para indagar en la exclusión y soledad que se sufre cuando no se pertenece al rebaño.

«Todos son una muestra del arte joven más actual», explicó el director de Bilbao Arte, Juan Zapater, que, junto a la concejala de Cultura del Ayuntamiento, Nekane Alonso, destacó el papel de la residencia creativa y ejercicio de cicerone por las instalaciones ocupadas estos días por sus pupilos. Ellos, que quieren cambiarlo todo y poner a la ciudad patas arriba con su arte. Ahora morado, ahora azul, ahora rosa. Aunque el personal no se entreteje muy bien de si toca cruzar o no.

Arte joven para sacar a la ciudad de su letargo



JORGE BARBÓ

BILBAO. Ahora verde, ahora ámbar, ahora rojo. Los semáforos abren y cortan en bucle. Las farolas se encienden en ese preciso instante en que comienza a oscurecer. Autobuses y tranvías llegan (más o menos) a su hora. En la ciudad, todo resulta de lo más previsible. Tanto que, por momentos, da la sensación de estar viviendo en el plató de un 'Show de Truman' gigantesco en el que no queda muy claro quién es protagonista, quién espectador y quién mueve los hilos. Y, de repente, cuando parece no haber lugar para la improvisación, se advierte a un señor en pelotas en mitad de un bosque frondoso.

Una muchacha se teje con tablitas un raro vestido de madera. Europa iza una bandera teñida en negro que grita, se angustia y se retuer-

ce a ser pisoteada, camisas de fuerza bordadas a punto de cruz y un vistoso transistor de aspecto soviético sintoniza con un inquietante futuro de psicodelia. Todo pasa, todo a la vez, en Bilbao Arte, que estos días se convierte en un escaparate de lo transgresor con las obras de los jóvenes artistas que han trabajado a lo largo del año en esta suerte de incubadora de la creatividad dispuesta para que sus pupillos rompan el cascarón del talento. Y echen a volar para sacar a la ciudad de su previsible monotonía.

Los talleres, laboratorios, salas y pasillos de la residencia artística bilbaína mutan hasta el próximo 18 de diciembre en una galería en la que los 39 creadores becados por la institución municipal exponen los pro-

yectos que han desarrollado durante el curso. Como si fuera una caja de galletas repleta de ingenio, cada rincón de los 3.500 metros cuadrados del edificio de Urzurrua alberga un rompedor surtido de variedad sin límites ni complejos. En clave homoerótica, el artista londinense Robert Waters recrea las taquillas de un gimnasio que deja ver cuerpos masculinos de torsos cincelados a pesas y deseo. La argentina Florencia Rojas graba logotipos de marcas de lujo en restos óseos para criticar una sociedad 'obsesionada con la eterna juventud, en la que el cuerpo consumidor vive en la búsqueda de ideales imposibles y sometido a las imposiciones de la industria de la belleza en occidente».

Obras con chips

En una línea también muy crítica, la bilbaína Amaia Vicente se sirve de la tecnología para presentar un montaje en el que se invita a pisotear la bandera de la Europa de las oportunidades y las libertades «en juego perverso que quiere dejar en evidencia al supuesto paraíso euro-



La litografía 'Controlled Negation' del londinense Robert Waters transpira denuncia y homoerotismo.



El creador valenciano Daniel Jordán se inspira en sí mismo en 'The fool show'.



Alta costura a puntadas de madera en 'Arquitectura corporal IV' de la chilena Tamara Jaquín.